

EN PELIGRO

JOHANN CHRISTOPH ARNOLD

EN PELIGRO

*Tu hijo en un
mundo hostil*



PLOUGH PUBLISHING HOUSE

© 2001 BY THE PLOUGH PUBLISHING HOUSE
OF THE BRUDERHOF FOUNDATION
FARMINGTON, PA 15437 USA
ROBERTSBRIDGE, EAST SUSSEX, TN32 5DR UK
ALL RIGHTS RESERVED

08 07 06 05 04 03 02 01 10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Título del original: *Endangered: Your Child in a Hostile World*
Traducción por Esther Pérez

COVER PHOTO: ©MIKE KRIETER /ZEPHYR IMAGES

A catalog record for this book is available
from the British Library

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

PRINTED IN USA

74

Cuando alguien me pregunta si debe o no tener hijos, nunca doy mi opinión”, dijo Morrie, y miraba la foto de su hijo mayor. “Digo simplemente: ‘Tener hijos es una experiencia sin igual’. Eso es todo. No hay nada comparable. No es lo mismo que tener un amigo. No es lo mismo que un amante. Si quieres tener la experiencia de ser totalmente responsable de otro ser humano, de aprender a amar y a crear profundos lazos de afecto, debes tener hijos.” “Entonces, ¿lo volverías a hacer?”, le pregunté. “¿Que si lo volvería a hacer?”, me dijo con tono de sorpresa. “Mitch, no me habría perdido esa experiencia por nada del mundo...”

Mitch Albom
de *Tuesdays with Morrie*

*A mis abuelos Eberhard y Emmy Arnold
cuyo amor a los niños y los jóvenes
inspiró este libro.*

Índice

Introducción ix

1. La trampa de la indiferencia 1
2. El niño mercancía 14
3. Grandes expectativas 31
4. El poder de un abrazo 48
5. Hechos sí, palabras no 65
6. La solución cómoda 91
7. Elogio de la oveja negra 110
8. Reverencia 135
9. Desapegarse 153

Epílogo 174

Agradecimientos 178

Introducción

*En tiempos difíciles, lo que
nos queda es la esperanza.*

P R O V E R B I O I R L A N D É S

Abundan los libros sobre la educación de los niños: ésta es una de las pocas cosas de las cuales estaba seguro cuando decidí escribir este libro. Soy padre de ocho hijos y abuelo de veintitrés nietos, y he tenido amplia oportunidad de aprender lo que significa tener y criar hijos. A mi parecer, los padres de hoy no carecen tanto de aptitud como de ánimo. Sencillamente les falta la audacia para dar preferencia a sus hijos.

Al comienzo de un nuevo milenio, nos hallamos en una encrucijada. Por un lado, la prosperidad y el progreso han beneficiado a muchos; por el otro, millones carecen de techo y empleo y sufren de hambre y enfermedad. En cambio los males del racismo, la violencia y la indiferencia afectan a la gente en ambos lados de la brecha económica. Un destacado periodista caribeño, radicado en la ciudad de Nueva York, se preocupa por las relaciones entre la policía y las personas de color como él; lo describe así: “Cada vez que mi hijo sale a la calle, se convierte en una ‘especie en peligro’ ”.

Las fuerzas que, en nuestra generación, han transformado la sociedad, siguen transformándola con tanta rapidez que, dentro de una o dos décadas no más, ¿quién sabe qué clase de mundo veremos? Hay que ser ingenuo para suponer que será un lugar más seguro o más feliz para los niños.

Un libro sobre la educación del niño no puede cambiar el mundo. Pero padres y maestros sí pueden, si se dedican a salvar a cada uno de los niños que se les confía. Es por eso que he decidido brindar a mis lectores, mediante este libro, el aliento de quienes saben de qué

se trata —personas solteras, casadas o divorciadas, en circunstancias desahogadas o difíciles, que tienen hijos propios o trabajan con niños. Sus historias contienen enseñanzas arraigadas en la vida cotidiana. Y no olvidemos que, por más oscuro que nos parezca el horizonte, para nosotros al igual que para los niños cada mañana empieza un nuevo milenio y, con ello, la posibilidad de un nuevo comienzo.

*Rifton, Nueva York
mayo de 2000*

1. La trampa de la indiferencia

*El mayor mal del mundo no es ni la ira
ni el odio, sino la indiferencia.*

E L I E W I E S E L

Susan y Nick querían tener hijos. Ambos tenían empleos de jornada completa, pero por más que se esforzaron la suma de sus ingresos simplemente no alcanzaba hasta fin de mes. Era imposible ahorrar: una vez pagadas las cuentas, el resto no daba para más. Peor todavía, el empleo de Nick no incluía seguro médico, ni el de Susan licencia de maternidad. Aun así, estaban decididos a iniciar un embarazo —y lo hicieron.

No ha de sorprendernos, pues, que sus colegas de trabajo no demostraron gran interés. Nick, un

hombre casado, regular y trabajador, dice que empezaron a tratarlo como un tramposo que abusa de la asistencia social. A Susan le preguntaron: “¿No podían haber planeado mejor?” Nadie fue abiertamente cruel, mas tampoco nadie se alegraba por ellos. Con el tiempo, la indiferencia les dolió más que todos los comentarios.

Con la llegada del bebé, ambos se deleitaron en su nuevo papel de padres, pero enseguida empezaron los inconvenientes. Hubo complicaciones con el parto que resultaron en cuentas médicas imprevistas, de modo que Susan tenía que volver al trabajo cuanto antes; pero era casi imposible encontrar una guardería infantil que estuviera al alcance de su limitado presupuesto. Después de una búsqueda frenética de dos semanas, Nick encontró un lugar que tenía plazas para recién nacidos. Cuando fue a verlo, se encontró en la casa particular de dos señoras de edad quienes cuidaban a dieciocho criaturas, cada una más sucia y desconsolada que la otra, amarradas a asientos de bebé (de los que se usan en el auto) mirando la televisión. A Susan, el lugar le disgustó tanto como a Nick, pero no les quedaba otra opción: o bien dejar el empleo, o inscribir a Jenny. Hicieron lo segundo.

El dilema de Susan y Nick no es una excepción; se repite en muchas partes y con un sinnúmero de variantes. Pero su frecuencia no lo hace menos vergonzoso ni menos frustrante. Si en uno de los países más ricos del mundo—y en una de las décadas más prósperas que jamás hemos conocido—una joven pareja que desea tener hijos enfrenta obstáculos de tal magnitud, algo anda muy mal. Y no me refiero a la falta de planificación familiar.

Sin duda, comparada con muchas niñas, Jenny es una chiquilla privilegiada: su madre la quiere, tiene padre y tiene un hogar. Pero, cuando crezca, ¿cómo será el mundo que le espera?

Cada día, en los Estados Unidos, asesinan a veintidós niños; cada noche unos 100.000 niños duermen en los parques, bajo los puentes o en albergues para personas sin techo. Todos los días, 2.800 niños sufren el divorcio de sus padres; y para un millón y medio, la única forma de ver a sus padres es visitarlos en la cárcel.

A nivel global, las estadísticas son aún más inconcebibles. Diariamente mueren de hambre casi 40.000 niños, y millones realizan trabajos forzados, incluso en los burdeles de Asia para satisfacer la demanda del

turismo sexual. Además, se calcula que actualmente un cuarto de millón de niños—algunos de sólo cinco años de edad—son contratados para luchar en los conflictos armados que se libran desde Centroamérica hasta África.

Para Jenny y un sinnúmero de otros niños, el mundo en que nacen no es un lugar acogedor. Tarde o temprano, en el hogar no menos que en el parque público, se verán acosados por problemas que recuerdan a ficheros policiales: abandono y abuso infantil, abuso sexual y automutilación, acceso a drogas y armas.

Los padres, ¿qué podemos hacer? Valga la pregunta. Bastante tenemos que hacer la mayoría de nosotros con nuestros propios hijos sin preocuparnos por los ajenos, ni hablar de las anónimas masas de Mozambique, Sao Paulo, Calcuta o del Bronx. Las horas del día no alcanzan ni para vivir nuestras propias vidas; en el momento decisivo, es evidente a quiénes vamos a dar preferencia. Precisamente por eso acabo de relatar la anécdota de Susan y Nick. Parece que somos incapaces de ver más allá de las necesidades inmediatas, y nos esforzamos por resolverlas a expensas de todo lo demás. Así terminamos por quedar atrapados en la indiferencia.

En cuanto a las estadísticas: las cifras son horren-
das, pero también confunden; y aunque no queramos
admitirlo, suelen abrumar o aburrirnos en lugar de
escandalizarnos. Tomemos, por ejemplo, la total au-
sencia de indignación pública cuando, en 1998 (en
una entrevista televisada del programa *60 Minutes*),
un periodista preguntó a la Secretaria de Estado de
los Estados Unidos Madeleine Albright si opinaba
que las sanciones impuestas a Irak “valían el precio”.
Después de admitir que en los ocho años precedentes
alrededor de 750.000 niños habían muerto a conse-
cuencia directa de esas sanciones, la Secretaria de Es-
tado afirmó: “Creemos que es una opción dura, pero
pensamos —pensamos que sí, que vale ese precio”.
Ex refugiada de guerra ella misma, Albright también
es madre, y me resulta difícil creer que sea tan dura
de corazón como la hacen aparecer sus palabras. Con
todo, si ese sentimiento fuera sólo expresión de la
política gubernamental y no reflejara la opinión pú-
blica, pienso que las sanciones ya se habrían deroga-
do hace mucho. En otras palabras, no estoy seguro de
que la declaración de Albright pueda explicarse como
artimaña política y nada más.

Resulta irónico que Washington, al justificar la estrangulación de Irak por medio del hambre, simultáneamente anunció planes para inaugurar el nuevo milenio con la proclamación del Año del Niño. Me costaba creerlo, y escribí a mi amigo, el periodista afroamericano Mumia Abu-Jamal, para saber lo que él pensaba. Ésta es su respuesta:

No veo nada malo en proclamar un año del niño. Incluso, puede que tenga algo de laudable. Pero lo cierto es que esa proclamación, por más nobles que sean sus intenciones, tendrá poco efecto concreto sobre las vidas infelices de miles de millones de niños pequeños que luchan por respirar en este planeta.

Los diplomáticos y los políticos obedecen al poder de los intereses creados y son sus instrumentos. Según tengo entendido, los niños no tienen PAC (comités de acción política), ni disponen de capital. Son pequeños símbolos que están a mano para recibir besos en la campaña electoral. Pero cuando se ponen en marcha los programas concretos de los políticos, no se les presta atención.

Si sobreviven, los niños de hoy heredarán un mundo que sus padres y abuelos han devastado, cuyos mares son vertederos ácidos de donde han

huido las ballenas; cuyas selvas tropicales sólo son recuerdos con que sueñan los indios; donde la avaricia del hombre ha saqueado las entrañas de la Madre Tierra y convertido los genes humanos en fábricas de lucro. Heredarán un planeta exhausto, donde el agua potable es cada vez más escasa, y donde el aire puro es una mercancía...

El mundo en que vivimos teme y odia a su cría. Si no fuera así, ¿cómo explicar la herencia sucia, contaminada y hueca que les dejamos? Esta generación, que alcanzó la mayoría de edad en medio de una creciente oleada de movimientos de liberación, hoy es una de las más represivas en la historia humana; despacha a sus hijos a más calabozos por más tiempo que la generación precedente. Despoja a las escuelas urbanas y rurales que ya estaban arruinadas, y fomenta una educación irrelevante cuyo mensaje esencial es la obediencia.

Los conocimientos se han convertido en una mercancía más, al alcance de los pocos que tienen con qué comprarla. En una nación que ha amasado más riquezas que el antiguo Imperio Romano, millones de niños asisten a escuelas tristes y descalabradas —horrendos mataderos de la mente.

Nuestros hijos están sedientos de amor. Usan calzado deportivo de doscientos dólares, videojuegos, computadoras. Algunos incluso tienen sus

propios autos —los refulgentes despojos de padres que trabajan ambos. Tienen todos los últimos juguetes, pero no reciben amor.

Si los niños no son amados, ¿cómo pueden amar? Si no son amados, ¿qué pueden hacer sino odiar?...

El Año del Niño se proclamará a toda voz y con fanfarrias, en calendarios y periódicos, y por los mentirosos labios de políticos alcahuetes. Pero cuando se acaben las hojas del calendario, cuando el periódico se arroje estrujado a la basura y los políticos lloren sus lágrimas de cocodrilo porque “sienten nuestro dolor”, nuestros hijos seguirán siendo los náufragos del buque capitalista. Se ahogan en un mar de indiferencia, y seguirán ahogándose después del año 2000.

Por supuesto, no podemos culpar sólo al gobierno. También somos culpables nosotros mismos. Con nuestro estilo de vida de clase media privilegiada, hemos creado, al menos en parte, los arrabales donde de entrada todo va en contra de los hijos del pobre. Permanecemos mudos ante una política que amenaza el futuro de naciones enteras; apartamos la vista cuando reprimen, encarcelan, esclavizan y dejan morir de hambre a niños de otras razas y clases sociales. Mien-

tras nos distanciemos de todo esto a sabiendas, no podremos invocar nuestra inocencia.

Admito que, ante el sufrimiento de los niños necesitados del mundo, mucha gente no es indiferente sino ignorante. Tal era sin duda mi caso, al menos hasta aquel día de mayo de 1998, cuando mi iglesia me envió a Bagdad. Allí fui testigo de sufrimientos en una escala que jamás podría haber imaginado.

Nuestro viaje fue un gesto de buena voluntad. Éramos un grupo de europeos y norteamericanos opuestos a las sanciones de las Naciones Unidas contra Irak. Visitamos refugios antiaéreos, hospitales, guarderías infantiles y escuelas, y presenciamos los espectáculos más duros que jamás he visto. Cientos de niños se morían de hambre ante nuestros ojos; las madres sollozaban, suplicándonos que les dijéramos por qué “las tratábamos de esa manera”. En lugar de explicarles que habíamos venido precisamente para protestar contra la política de nuestro gobierno, sólo pude echarme a llorar. Fui incapaz de hablar, pero traté de prestar oídos y de traerles así por lo menos un poco de consuelo.

Desde entonces hemos vuelto a Bagdad dos veces,

mi esposa y yo, así como otros miembros de nuestra iglesia; hemos llevado comestibles, medicamentos y otras provisiones, y ofrecido nuestros servicios en hospitales cuyas salas no se habían limpiado en muchos años.

Aunque sólo un grano de arena en cuanto a su efectividad, estos viajes fueron experiencias vitales para mí, sobre todo porque me enseñaron una verdad que nos hace falta recordar: siempre son los niños quienes más sufren por los pecados del mundo. Y esto es tan cierto en un país “desarrollado” como en un país pobre o desgarrado por la guerra.

Es obvio que no podemos ir todos a Irak, ni mudarnos todos a los barrios pobres de los centros urbanos; incluso no tendría mucho sentido. Pero estaría mal no interesarnos por lo que pasa más allá del portal de nuestra casa y conformarnos con una vida de materialismo e indiferencia.

El autor norteamericano Henry David Thoreau escribió en su diario: “Sólo amanece el día en que estamos despiertos”. Apliquemos este pensamiento a los enigmas que nos plantea la vida. En cuanto nos levantamos y abrimos las persianas, vislumbramos soluciones, por más distantes que parezcan. Y aun-

que nos resulte incómodo, empezamos a discernir prioridades, a distinguir una serie de dificultades que de hecho podemos resolver, y a descubrir la multitud de niños cuya situación no es irremediable.

Pero eso significa que debemos archivar nuestros discursos sobre el Año del Niño y buscar al niño que nos necesita hoy. Significa abandonar nuestros análisis de los peligros que amenazan a la niñez y ocuparnos de los niños mismos. Significa comenzar a vivir como si los niños realmente nos importaran.

En 1991, mientras gastamos miles de millones de dólares en “salvar” a los kuwaitíes de la invasión iraquí, dos millones de nuestros propios hijos—tres veces la población total de Kuwait—intentaron suicidarse. Ocho años después tratamos de “salvar” a los kosovares de los serbios, bombardeando a ambos hasta hacerlos añicos. En el mismo período, miles de niños murieron a manos de sus propios padres o tutores en los Estados Unidos y Europa Occidental.

Si realmente nos importaran los niños, reconoceríamos que son ellos las víctimas por las cuales debemos luchar, y nos movilizaríamos en su defensa. Volcaríamos al revés el presupuesto nacional, de manera que su rubro mayor fuera el gasto dedicado a los

niños, y el menor la inversión en armas y bombas (o, mejor aún, eliminaríamos el presupuesto militar del todo). En lugar de nuevas cárceles, nuevas escuelas brotarían como setas por todo el país, y triunfarían los políticos cuyos programas fomentasen la educación en vez de empeñarse en idear castigos cada vez más rigurosos para reprimir el crimen.

Si nos importaran los niños, nuestras ciudades invertirían sus recursos en guarderías infantiles y en programas extraescolares que estén al alcance de los padres, en vez de establecer toques de queda y contratar más policías. Claro está que no emplearían agentes como aquel que, luego de capturar al cabecilla de una banda juvenil de narcotráfico con las manos en la masa, contestó que no, cuando le preguntaron si un arresto había resuelto el problema. “Entonces, ¿qué propone usted?”, volvieron a preguntarle. Con la mano imitó una pistola: “Pegarles un tiro cuando los agarro”.

Digamos que eso fue una broma pesada. De todos modos, denota una actitud bastante común. Ya no hay compasión en esta cultura en la que la violencia—incluso la violencia contra los niños—ha llegado a ser cosa cotidiana, y lo que nos queda es la crueldad.

¿De veras? Si bien es cierto que abundan los patronos indiferentes y los policías de gatillo alegre, es igualmente cierto que todos los días, en este mundo desgarrado y torcido, nacen nuevos niños como Jenny. Cada uno de ellos trae el mensaje, en las palabras del poeta hindú Tagore, que “Dios no ha perdido su fe en la humanidad”. Es un pensamiento místico que también lleva en sí un desafío. Si el Creador sigue teniendo fe en esta humanidad, ¿quién soy yo para que la abandone? Por más lamentable que sea el estado del mundo, debemos dar la bienvenida a los niños porque ellos son los mensajeros de su salvación. Al fin y al cabo, si nuestra indiferencia es la causa de tantas cosas que andan mal, el camino hacia su solución no quedará oculto por mucho tiempo. Al menos así piensa Mumia Abu-Jamal.

Se dice que el mayor mal que sufre el mundo no es la ira ni el odio, sino la indiferencia. Luego lo contrario también es cierto: el máximo amor es la atención que nos brindamos unos a otros, y en primer lugar a los niños. Lo mejor que podemos hacer por nuestros hijos es, sencillamente, apreciar su existencia y prestarles atención...